

CAPITULO III.

Vida del venerable padre Fr. Diego Ordoñez, custodio que fué de la custodia de Zacatecas.

El prodigioso objeto de este capítulo pedía un historiador tan diestro, que estrechando á la pluma hazañas que solo caben en la admiracion, ejecutara con acierto la narracion de lo mácsimo en lo mínimo de un capítulo. No faltó quien confuso y oprimido con semejante empeño, dibujó el dedo de un gigante para manifestar su descomunal grandeza; no me estuviera mal el hurto de esta traza ingeniosísima, pues con apuntar cualquiera de sus agigantadas prendas, pusiera un dedo índice que descubriera con claridad al mundo lo grande y esclarecido de nuestro héroe venerable. Pero siendo preciso referir sus heróicas virtudes, cuando para su cabal narracion pedían estas un entero tomo, habré de discernirlas, compendiándolas á la brevedad que pidé esta historia, arreglándome á la cortedad de mi loquela, que no todo lo que refiero está conciso por lacónico, sino por cortedad de mi talento, que á ser este mejor, mas lucido campo se le ofrecia en las cortas noticias que ha adquirido, para esparcirse elocuente en una dilatada historia.

Este venerable varon fué el que, comenzando desde la edad de ocho años el estudio de las divinas y humanas letras, no largó de las manos tan devoto y santo ejercicio hasta que espiró en la tarea, predicando en la parroquia de Sombrerete, y cuando ya las fuerzas del cuerpo le imposibilitaban, el espíritu le fortalecia para que acabase en el ejercicio en que habia vivido

mas de cien años. En este tiempo dilatado se hizo tan excelente teólogo, que fué el oráculo de Salamanca en lo escolástico, y en lo espositivo fué la admiracion de su siglo, á que le ayudó la inteligencia perfecta que tuvo de las lenguas hebrea y griega, con cuyas noticias sin mas libros que la Biblia, predicaba repentinamente cualquier asunto, por singular que fuese, en los concursos mas autorizados; sirviéndose en estos lances de aquella elocuencia sin segunda con que Dios le habia enriquecido, siendo en la inteligencia de las sagradas letras todo querúbico; y para mover á devocion y ternura á sus oyentes todo seráfico.

Este fué aquel acérrimo celador de la pobreza evangélica que profesaba mi religion seráfica, que no contento con practicarla toda su vida, la enseñó en la provincia de Santiago, México, Guatemala, Mechoacán y Zacatecas, reduciéndola con su ejemplo á su primitiva hermosura. Este fué en la pureza virginal todo angélico, pues ni por las voces conoció su opuesto; porque antes de doce años ya estaba consagrado á Dios de arcediano de la santa iglesia de Salamanca, y á los trece ya vestia el hábito de nuestro Seráfico Padre San Francisco en su convento. Este fué en los incendios del amor divino todo seráfico; y en los fervorosos deseos de la conversion de las almas, todo apostólico; y siendo un todo en todo, en su consideracion éra nada. Este es el dilatado campo que se ofrecia á mi discurso, para esplayarse dilatado en la relacion de las virtudes de este venerable sugeto; pero aunque conozco lo apocado de mi estilo, no puedo huir del empeño en la empresa, y con la obediencia que me precisa, queda disculpada mi osadía.

Nació el venerable padre Fr. Diego Ordoñez en la ciudad de Salamanca el año de 1470, de la nobilísima familia de los Ordoñez, no sin presagios de su futura santidad, que atendidos de sus devotos y nobles padres, le dedicaron á la iglesia desde su nacimiento: con este fin á los ocho años le pusieron al estudio de la latinidad y retórica, en que aprovechó con tanto lucimiento, que era la admiracion de sus condiscipulos, y á los trece, no cumplidos, estaba ya graduado en filosofia con admiracion de todos. Ya por este tiempo manifestaba nuestro Diego una genial inclinacion al ejercicio de las virtudes, que atendidas de su

padre, solicitó tuviesen feliz logro en la santa iglesia de Salamanca, para donde le consiguió la dignidad de arcediano. Tomó posesion de ella, mas luego conoció que Dios le llamaba por camino, si mas áspero, menos peligroso, y dejándose llevar de los impulsos de su vocacion, cerrando los oidos á los del mundo, que le solicitaba por el camino de las conveniencias, pidió el hábito en nuestro convento de Salamanca de edad de trece años, y considerando los prelados la calidad del sugeto, la edad tan tierna coronada ya de frutos sazonados de todo género de virtudes, se lo concedieron gustosos, no sin esperanzas bien fundadas de que el nuevo clientulo habia de ser en todo honor esclarecido de nuestro seráfico instituto.

Hizose el venerable Fr. Diego cargo de las obligaciones del nuevo estado, y lo primero que solicitó, siguiendo el consejo de Cristo, fué la negacion de sí mismo, resignándose del todo en la obediencia, norte fijo para acierto. Sus fervores fueron á los principios tan ardientes, que reconociendo el prudente maestro la debilidad de su tierna edad, fué preciso los templase con la prudencia, para que no parasen en ecshalaciones repentinas por la falta de fuerzas, que, aunque eran como de trece años, fomentadas de la gracia, abrazaban varonilmente las austeridades mas penosas de la vida religiosa. De esta suerte caminó nuestro Ordoñez mas de tres años de novicio, hasta que cumplió los diez y seis de su edad, ocupado en santos ejercicios, que nivelados por la prudencia de su maestro, le hicieron un perfecto modelo de religiosas operaciones con que fué admitido á la profesion solemne, que hizo con aplauso general de los religiosos.

Luego que profesó Fr. Diego, trataron los prelados de aplicarle al estudio de sagrada teología en el convento de Salamanca, noticiosos de su lucido talento, y de lo aprovechado que estaba en la metafisica y filosofia, y como el discurso era sutil, y la aplicacion buena, comprendió los Sentenciarios del sutil Doctor con tal sutileza y tal brevedad, que puso en admiracion á sus mismos maestros, siendo tan acérrimo defensor de la doctrina de Escoto, que aunque en este reino tuvo muchísimas controversias con varios sugetos sobre este punto, de ellas salió siempre victorioso. Leyó en Salamanca muchos años sagrada teología, con crédito de la religion y aplauso universal de aque-

lla celeberrima universidad, que le consultaba como á maestro en las mas intrincadas dificultades de la escolástica teología. Aquí sin duda aprendió con perfeccion las lenguas hebrea y griega, en que fué peritísimo, aunque no falta quien diga que estudió la teología y las lenguas en Paris, donde afirma un autor que se graduó de doctor en ambas facultades; mas no hallo motivo para persuadirme á que tenga este fundamento, porque si fuera así, alguno de los contemporáneos suyos que escribieron sus virtudes y dieron noticia de otras cosas de menos importancia de este venerable padre, hubieran referido el grado de doctor parisiense que tanto cedia en crédito de sus prodigiosas tareas que alaban y ninguno le menciona, contestando todos que en cátedra y púlpito fué en su tiempo eminentísimo.

En estos dos importantísimos ejercicios se ocupaba nuestro venerable Ordoñez, amado de Dios y de los hombres, cuando llegó al convento de Salamanca la noticia de falta de operarios que habia en Guatemala para la conversion de los indios, por el año de 1539, en que tenia de edad nuestro venerable padre setenta y nueve años, y sin atender á su edad crecida y fatigada con la continua tarea de los estudios, llevado solo del celo de la salvacion de las almas, se pasó á Guatemala, despreciando los trabajos que en tan dilatada jornada se le ofrecieron, por amor de Jesucristo. Aquí estuvo muchos años ocupado en la conversion de los indios, sujeto á enseñar á los indios bozales con toda caridad y rendimiento los primeros rudimentos de la fé, el que habia sido maestro en Salamanca de hombres sapientísimos. Aquí fué donde soltando los diques del represado amor al prójimo, se hacia todo de todos, de sábios y de ignorantes, de nécios y de discretos, acomodándose al estilo y talento de cada uno, para ganarlos á todos, como otro Pablo, para Jesucristo su divino maestro. Predicando á los indios y á los españoles incessantemente: en los unos reformaba las costumbres, en los otros instruia las obligaciones del cristiano: á los unos reprendia con amor y eficacia sus excesos; á los otros persuadia con paternal benignidad la detestacion de sus antiguos ritos y el amor con que debian abrazar las verdades de nuestra santa fé, y de esta suerte como ecshalacion divina, no cesaba para atraer á Dios á todas horas infinitas almas.

Vino por este tiempo, que fué el año de 1571, el Santo Oficio de la Inquisicion á México, y aunque no faltaban en aquella ciudad hombres sapientísimos para consultores y calificadores del tribunal santo, pero como venian informados desde España de lo eminente de nuestro Fr. Diego en todas ciencias, enviaron luego por él los señores, para que estando à su lado su discreta madurez, saliesen sus decretos justificados y rectos, como se podian esperar de un varon consumado en letras y en su vida todo apostólico: pocos años asistió en este ejercicio, porque le llamaba fuertemente el celo de la conversion de las gentes, siendo para su habitacion el lugar mas proporcionado donde habitaban mas gentiles que reducir al gremio de nuestra santa ley. Por esta causa salió de México para Michoacan, deseoso de emplear los últimos periodos de su cansada vejez en la conversion de las almas, y teniendo noticia que en la nueva custodia de Zacatecas habia multitud de bárbaros y falta de ministros, se partió como un rayo despedido de la fragua del amor divino en busca de ellos, para reducirlos con su predicacion al verdadero conocimiento de Jesucristo, sin que retardase sus fervorosos deseos una tan crecida edad como de cien años, en unos caminos tan dilatados, solitarios y faltos de lo necesario para el natural sustento.

Aquí quisiera tener la elocuencia de un Demóstenes, para ponderar con energía debida esta heróica hazaña de nuestro venerable P. Fr. Diego: quien viera á un hombre de cien años emprender una jornada de casi doscientas leguas á pié y descalzo, sin el permitido uso de las sandalias, con un grueso y roto saco á raiz de sus frias carnes, sin mas abrigo que un áspero cilicio que le cogia toda la caja del cuerpo, ni mas prevencion que la Divina Providencia, y todo esto ejecutado solo por la conversion de los gentiles y pecadores, ¿qué diria? ¿Diria acaso que lo penitente escedia à todos los antiguos anacoretas? ¿Diria por ventura que aquella venerable ancianidad purificada de los resabios de la carne, tiraba ya gages de pura angélica criatura? ¿Pensaria que en su fé resucitaba la del venerable Abraham? ¿Discurriria que su esperanza en la Divina Providencia equivalía á la de los antiguos Santos Padres del Nuevo y Viejo Testamento? Todo esto juzgaria admirado al ver un

espectáculo tan estraño como reverdecir por el celo de la Santa Fé el vigor de la juventud en una ancianidad tan venerable que pasaba ya de cien años, emprendiendo nuevas conquistas para el gremio de la Iglesia en tan prolongadas distancias: pero cesaria su admiracion si supiera que era nuestro Fr. Diego Ordoñez espíritu todo de fuego, que iba y volvia de conversion en conversion en semejanza de rayo encendido, y tal espíritu solo tiene semejante en cada una de las cuatro pias de la carroza de Ezequiel, que para llevar la gloria de Dios por todas partes giraban en continuo movimiento.

Con este llegó nuestro venerable padre á la nueva custodia de Zacatecas, y por no tener un punto ocioso su abrasado celo, pasó á la Vizcaya à la conversion de los infieles, en donde con edificacion de todos se ocupaban aquellas venerables canas en catequizar los recién convertidos y en convertir otros de nuevo, sin dejar de predicar á los españoles de Durango y Sombrete todos los dias de fiesta. En esta ocasion fué cuando habiendo acabado su trienio el segundo custodio, le eligieron al venerable padre por tercer custodio de la nueva custodia de Zacatecas, la que visitó á pié y descalzo, no obstante su crecidísima edad, dando á todos sus súbditos por palabra y por ejemplo norma fija, á que nivelasen sus religiosas operaciones, siendo el venerable padre el primero que practicaba cuanto á sus súbditos persuadia. Acabó su oficio nuestro Ordoñez con universal aplauso de todos, que reconocieron ser verdadero padre en el amor con que trató á todos, y un vivo retrato de nuestro seráfico Patriarca en lo pobre, humilde y penitente. No dejó de predicar los más de los dias à los indios ó á los españoles, mientras le durò la vida; tal era el fuego ansioso que abrasaba su pecho de la conversion de las almas.

Viendo las prelados que nuestro venerable padre tocaba ya la raya de ciento y diez años, y que no podia asistir ya à las conversiones por la falta de fuerza en los piés, determinaron que viviese de morador en el convento de Sombrete, donde diese los últimos alientos de su vida en manos de su Criador, acompañado de sus hermanos los religiosos: sacrificóse á la obediencia rendido, y se retrajo en una pobre celda, desde donde acudia á predicar y confesar todo el tiempo que le duró la

vida; muchas cosas predijo con espíritu profético, que despues se esperimentaron á la letra, sin faltar un punto de lo que les anunció á muchos. En confirmacion de esta verdad referiré solamente el último vaticinio, aunque en la estimacion de todos debe ser el primero: predicando el último sermón en una silla, porque ya no podia subir al púlpito por sus muchos años, en la parroquia de Sombrerete, dijo á los vecinos con voz muy tierna y lastimosa, que se arruinaría dentro de breve tiempo la villa de Sombrerete, y llegaría á lastimoso y miserable estado, sin que quedase en ella sino el pobre convento de San Francisco y algunos miserables vecinos, que por sus muchas necesidades no podrian salir de ella; y esclamando con voz mas alentada que la que pedian ciento diez y siete años que tenia, pidió atencion al auditorio, y dijo: "Para que creais esta verdad que os anuncio y no juzgueis que digo esto solamente por aterraros, os doy por única señal que no me levantaré de esta silla vivo." Y cruzando los brazos sobre el pecho, bajó la cabeza con ademán de que se reclinaba sobre ellos: viendo el auditorio que se detenía en aquella postura mucho tiempo, se levantó á registrar el motivo, juzgando que sería algun desmayo, y vieron que ya habia espirado el bendito religioso.

Atemorizáronse los oyentes y los vecinos con este prodigioso caso, y á gritos confesaron todos sus culpas y proponían la enmienda: poco tiempo pasó en que vieron practicado el vaticinio, pues se despobló del todo la villa, y sus moradores se mudaron á otras partes, quedando solo nuestro convento con algunos pocos desvalidos, que fomentados con la limosna que en la portería les daban nuestros religiosos, de las que en otras partes recogian, vivieron algunos años, escarbando algunas minas viejas, hasta que encontraron con metal, y á su eco se volvió á poblar la villa, debiéndose esta nueva poblacion á la caridad de nuestros pobres religiosos en el fomento de los pobres vecinos que quedaron, á que aun hoy contribuyen agradecidos, pues es uno de los pueblos mas afectos que tiene esta provincia á los hijos de mi seráfico P. San Francisco, sin que en su devocion, ni en lo próspero ni en lo adverso de los tiempos, se haya reconocido disminucion ni mudanza en sus vecinos, pues aun hoy, que se halla muy corto, socorren con las acostumbradas limosnas á los pobres hijos de San Francisco.

Despues que los oyentes se desembargaron en la admiracion que les causó tan inopinado suceso, dispusieron trasladar el sagrado cadáver á nuestro convento, á que concurrió todo el pueblo, que con tiernas lágrimas lloraban la muerte de su difunto padre y maestro, que todo lo era juntamente en aquella villa; despobláronse los lugares y estancias circunvecinas por acudir á su entierro, aclamándole todos á gritos Santo. Diósele sepulcro en la peana del altar mayor de nuestro convento, pasados mas de dos dias de su feliz tránsito, sin que en este tiempo se registraran en su cadáver los ascos de la muerte, sino una admirable hermosura, que causandó á la vista una especial complacencia, tenía á todos como suspensos: pues siendo de edad de ciento diez y siete años, en la hermosura de su rostro las blancas canas conciliaban las veneraciones, y la suavidad y flexibilidad de sus miembros parecia mas que natural en lo tratable, de que inferian todos haber muerto, como otro Moisés, en el ósculo del Señor. Murió de ciento diez y siete años de edad, de ciento y cuatro de hábito, de mas de noventa de sacerdote: y habiendo venido á este reino el año de 1539, de edad de setenta y nueve años, vivió en él treinta y ocho años, y murió en el referido lugar de Sombrerete el año de 1587, ocupado en el ejercicio de la predicacion hasta el último aliento de su vida, como se verificó en el referido suceso de su muerte, sin que jamas dejase de ayunar como el jóven mas robusto, los ayunos que prescribe nuestra regla, honrando con su virtud y letras esta apostólica provincia, entonces custodia de Zacatecas. En su religioso modo de vivir dejó á la posteridad un ejemplar perfectísimo de un cabal y perfecto varon apostólico, para que todos los hijos de esta provincia solicitemos fervorosos seguir las religiosas huellas de este verdadero hijo de N. S. P. San Francisco en cumplimiento de las obligaciones de nuestro apostólico instituto.